

LA HISTORIOGRAFÍA CHILENA. UN TESTIMONIO PERSONAL

Sergio Vergara Quiroz
Universidad de Playa Ancha
nothisgo@upa.ci

Agradezco, a Dios permitirme estar de nuevo después de un año, casi como en clases, y a ustedes, los alumnos de la Universidad de Playa Ancha, su invitación a participar en las V Jornadas de Historia Dr. Luis Carreño.

Cumplir en este caso es una grata responsabilidad, tanto de profesor contento con tener buenos discípulos y ser colega de quien fuera un maestro como Luis, a quién yo recuerdo con su entusiasmo y alegría por la historia, por lo que hacía y compartía. Lo conocí por 1977 cuando comenzaban las Jornadas de Historia de Chile organizadas ese año por la Universidad Católica de Valparaíso, en medio de un temporal porteño que estremecía el viejo edificio con sus ventoleras y aguaceros. Allí en la estrecha y desconfiada portería nos presentaron, él estaba algo intranquilo, cuando todos estaríamos abrumados, había perdido su maletín con enseres personales y lo más valioso: la ponencia que traía para presentar.

Sin embargo, apelando a sus recuerdos y experiencia, logró exponer su tema de historia americana con seguridad y brillo.

Después fui su compañero de trabajo en la hoy Universidad de Santiago, hasta volver a encontrarlo hacia 1993 cuando comencé aquí en esta Universidad y en el Instituto de Estudios Humanísticos de la Universidad de Valparaíso, era un colega generoso y gran anfitrión, muchos miércoles, que era el día que venía a trabajar, organizaba idas a almorzar por lugares cercanos.

Tuve también la oportunidad, con mis amigos de aquí para ir a verlo, poco antes que se fuera de este mundo, un hermoso día de fines de año, a la casa de sus hermanos en El Quisco. Nos esperaba con una gran mesa de onces, con su alegría natural y su ánimo tranquilo, muy sereno. Ahora creo que no temía a la muerte, su alma buena y generosa sabía que lo que llamamos vida, sólo es un paso a una existencia más plena y que nos había dejado para siempre, la estela brillante de su persona grabada en

nuestro recuerdo, prueba de ello son estas jornadas, las únicas en Chile dedicadas a un profesor de historia.

Mi formación y mis trabajos

Lo que voy a hablar hoy, no es un registro bibliográfico ni un tema específico, de los que he hecho tantos. Es mucho más difícil, y por eso pido de antemano perdón y paciencia.

Voy a hablar desde mi perspectiva personal, además con premura y poca meditación, sobre mi aporte a la historiografía chilena y como veo su situación actual. No quiero pasar a llevar a nadie ni ofender, sólo decir mi verdad y mi compromiso ante personas como ustedes, con las cuales comparto mi vocación pues puede que les sea de alguna utilidad.

Desde un pequeño pueblo de la Araucanía, rodeado de bosques, volcanes y praderas donde nació, con un padre contador y exigente, una madre lectora y comprensiva, pasé al Liceo de Temuco, en las cercanías del Ñielol, para llegar al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, al Departamento de Historia en 1961. Era un espacio amable, de pabellones de dos pisos que más que de cemento parecían de hiedra, separados por áreas de pasto y arbusto, incluso había una romántica glorieta, desde donde todavía no se desparramaban los enamorados.

Ese año conocí y disfruté a egipcios, sumerios y griegos; aprendí a hacer fichas que todavía me acompañan y leí con rapidez, dado los escasos plazos en que debíamos rendir sucesivas lecturas, cuando todavía no existían las fotocopias; y además, teníamos que cumplir entregando los terribles trabajos prácticos de geografía física y geografía humana, ésta última la hacía Pedro Cunill, por entonces un joven recién regresado de Francia y después brillante cultor de la geografía humana, pero también me empecé a alegrar con ese primer año compartido con mujeres jóvenes y alegres, algunas bellas, situación nueva para un estudiante de liceos masculinos.

El año 1962, el del mundial de fútbol lo pasé en la Escuela de Leyes, fui alumno de Jaime Eyzaguirre, brillante profesor e historiador, que con gracia se quejaba de que íbamos a ver más al otro Eyzaguirre, al que jugaba en la selección nacional.

Sin embargo volví a Macul, me atraían más las explicaciones históricas, completas, amplias, que las tan parceladas de los estudios de

leyes, impartidos en ese ambiente un poco estirado y pedante de las Escuelas de Derecho.

En los años de estudiante predominaba la historia política y le rebatía, revolucionariamente la...historia económica, cada una tenía equipos e ideología detrás, pero ninguna me satisfizo plenamente, y me gustaba la investigación, así en 1965, comencé como ayudante "ad honorem", esto es, sin sueldo alguno, de la cátedra de historia de Chile, específicamente de don Julio Heise, hombre tranquilo, de unos setenta años, probable radical, que seguía la huella de Ricardo Donoso y Feliú Cruz, hizo una notable **"Historia de Chile. Período Parlamentario"**, que destruía la imagen de un tiempo perdido y rescataba una visión más matizada. En justicia, debió ser Premio Nacional de Historia.

Luego seguí como ayudante de Sergio Villalobos, en su época primera que duró hasta 1970 cuando se cambió a la Pontificia Universidad Católica, con él me gradué de profesor de historia y geografía, la memoria, publicada poco después por la Editorial Universitaria fue: **"Economía y sociedad en Magallanes, 1843-1877"**, eran los años fundacionales, vistos hasta entonces por los cronistas en lo anecdótico y político, pero todavía no sistematizados en esas dos líneas esenciales.

Por entonces trabajé en una investigación interesante: "Los conquistadores de Chile, un estudio de historia social", era una renovación metodológica, pues aplicamos los métodos de historia serial que recién se divulgaban, a partir de los datos ordenados por Tomás Thayer Ojeda en su **Formación de la Sociedad Chilena**, más otras obras menores, sobre los que pasaron a Chile en los primeros treinta años de la Conquista. A mí, como joven ayudante, me tocaron los temas marginales de los años 70, esto es, la mujer, el tiempo, las mentalidades...

Entre los principales aportes de la investigación que mostraba una sociedad mestiza desde sus orígenes, logramos identificar más de seiscientas mujeres, antes desconocidas e indicar con cuadros estadísticos que el promedio de edad de llegada a Chile de los conquistadores había sido 26 años, plena etapa de madurez en la escala de la época; demostramos además que el tiempo era todavía registrado subjetivamente y que la vida se concebía como una meseta, con tres edades o etapas muy diferentes: la cuesta inicial, que correspondía a la niñez y adolescencia, sin valor en sí misma, luego la etapa ideal de la madurez, entre los 20 y los 40 años, para terminar en la vejez, antesala de la muerte.

Como llevo más de 35 años de compromiso y tarea, de paseo y convivencia con la historia, quisiera recordar que lo más formativo para mí fueron los trabajos de investigación realizados. Una vez seleccionado el tema, con una opinión clara de lo que la historiografía ya había estudiado, aventurábamos hipótesis, para luego pasar a la documentación manuscrita, original o contemporánea, guardados con celo en el Archivo Nacional que nos atraía con avidez, dichos tiempos previos a la lectura de microfilms.

En el desarrollo de mis estudios fui variando la temática, pasando de lo político y administrativo a la historia social y de ahí, a la sugerente y vaga, pero rica y profunda historia de la familia y de las mentalidades, que además nos permite ensamblar técnicas diversas y formaciones interdisciplinarias, así llegué a interesarme por las concepciones de la vida, de la edad, de la muerte que nos vincula a nuestras pautas de existencia : a los valores, a lo que aspiramos y soñamos, intangibles pero poderosos, también atendiendo a lo que somos, como repitiendo a nuestros abuelos, a los modos y costumbres, a los usos sociales que dan forma y encubren las actitudes más espontáneas y profundas, colectivas o individuales, heredadas y no modernas, anacrónicas en más de un sentido.

En el caminar alerta y placentero a la vez por las planicies y precipicios del pasado, nos fuimos entusiasmando con la semántica y los giros idiomáticos, en particular con las cartas privadas, esos papeles escritos para no olvidar lo doméstico y cotidiano, lo pasajero, pero que interesa al pariente o al amigo, cuya ausencia nos produce ese vacío que llamamos nostalgia y procuramos llenar con la carta.

Aquí, particularmente en las que debemos a mano femenina, reinaban los sucesos efímeros, los sentimientos y temores que a veces se olvidan, la conmoción tremenda, de una muerte, de un parto, que quedan reservadas al ámbito doméstico y escapan a la crónica periodística o al registro ampuloso de los anales políticos, mucho más vitales y entretenidas, más veraces también, que las meditadas cartas de políticos o escritores anhelantes de fama y poder.

Cuando el número de cartas reunidas creció mucho, hicimos **Cartas de mujeres en Chile, 1630-1885**, Editorial Andrés Bello, 1987, primer epistolario femenino en América, con él entré definitivamente en el estudio de la mujer como protagonista de la Historia, compartiendo la escena con los hombres o dominándola, en especial en el ámbito privado, cosa que venía explorando desde 1981, como el avance de investigación que publiqué en **Cuadernos de Historia** nº2, titulado: "Noviazgo y matrimonio en Chile durante el siglo XIX: mujer y sociedad en los años 1819-1831" tema en el

cual he publicado varios y desde una perspectiva de historia social, pues hago mía esa visión del mundo de Neruda, como un lugar poblado de parejas, que no sólo lo hacen posible, sino también merecedor de vivir:

No me gusta
la casa sin tejado,
la ventana sin vidrios.
No me gusta
El día sin trabajo,
Ni la noche sin sueño.
No me gusta
El hombre sin mujer
Ni la mujer sin hombre." (Oda a la pareja)

Por eso no comparto el registro de dolores y agravios en que se han convertido tantos "estudios de género", término equivoco y de procedencia inglesa, como también el sustrato que encubren, sin decirlo: el triunfalismo del género cultural; el cierre de la amistad y el amor entre amantes de sexo distinto y la comprensión de la familia como ente reproductor y social.

Volviendo al tema de lo que he entendido por Historia, debo decir que unido a ese interés por lo inmaterial e inaprehensible, continuaba buscando el dato numérico, cuantitativo y en ese sentido, objetivo o más imparcial. (Recordemos la frase que dice que con las estadísticas se miente con exactitud). Era de alguna manera identificar al sujeto histórico que buscábamos, siguiendo la línea propuesta por la historia serial de origen francés ya en la década del sesenta, cuando recién nos aventurábamos en el uso de la computación.

Abrumado por el sinnúmero de horas de docencia y de los hijos que nos seguían llegando, hasta completar el exceso de cinco para una pareja de profesores, me dediqué más por imposición y exigencia económica que por vocación, a la historia administrativa, así hicimos los libros de **Antecedentes históricos de la Contraloría General de la República, 1541 – 1927**, con las coautoras Luz María Méndez y Sonia Pinto y luego otro **Imágenes de la Universidad de Chile**, con el apoyo de ayudantes que serían destacados investigadores más adelante.

En 1983, al no tener acceso a becas internacionales y negárseme un permiso en mi unidad de trabajo para ir a Madrid, me inscribí en el Doctorado en Historia, que por entonces abría la Universidad Católica, bajo la

conducción de don Mario Góngora y la participación de destacados investigadores: Ricardo Krebs, Armando de Ramón, Sergio Villalobos, con todos ellos tuve clases, pero quien más influencia ejerció en mí fue don Mario Góngora, me impresionó su sencillez y claridad, la puntualidad con que empezábamos las clases en su pequeño cubículo y la profundidad de su saber, que sin embargo era prudente para no descalificar al alumno sino para sugerir nuevas ideas o enfoques en la lectura, fue sin duda el historiador más eminente del siglo XX y con pioneros trabajos en historia social y cultural, bajo su guía construí mi tesina: "Iglesia y Estado en Chile. La Ilustración Católica entre 1750 – 1850." Que se publicaría en el número 20 de la revista **Historia**, allí comprobamos dos cosas: la continuidad más que ruptura de ese siglo y la vigencia de una ideología que no era la liberal en la organización del Estado.

Recién en 1990 culminaba mis estudios del Doctorado en Historia, con una tesis cuya metodología recogía los planteamientos de la historia serial y social, era la **Historia social del ejército de Chile, s. XVIII y XIX**, en donde registramos y cruzamos datos cuantitativos: edad, estado civil, fortuna, rangos, procedencia, etc. de más de ochocientos oficiales y sus familias, investigación que nos permite afirmar que el ejército, una de las instituciones más antiguas de la sociedad chilena era el origen de su clase media y un reflejo a escala nacional de los comportamientos sociales del s. XIX. En definitiva, en esa obra volvíamos a aplicar el método ya probado en 1981 con mi artículo "Edad y vida en la Conquista. Un estudio de la existencia humana en el s. XVI", publicado en el primer número de los **Cuadernos de Historia**, acopiar una base numérica, objetiva y darle una interpretación sugerente y analítica.

Mi último libro **Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833 – 1888.**, reúne el diálogo epistolar de estos dos hombres que organizaron y presidieron sus naciones a mediados del siglo XIX, y que siguen vigentes por su defensa de la educación pública y gratuita; por su voluntad organizativa que fue capaz de imponer la preeminencia civil sobre la militar y en concebir el poder como servicio y no como fuente de indemnizaciones para ejecutivos.

Ahora, en lo que fue para mí una sorpresa y una nueva confirmación de que debemos buscar en la historia a la persona, en este largo diálogo epistolar y masculino se repiten, algunos rasgos del de mujeres. También hay aquí espacio para la emoción y el sentimiento; en especial aquellos que contribuyen a formar una amistad larga, duradera, pues en la confianza y la intimidad, los sentimientos eran revelados sin pudor, con soltura y humanidad. Comprobación de que por encima de la división en "géneros", hay una profunda unidad del género humano, especialmente en la

expresión de afectos como el de la amistad, relación humana cálida y sustancial, que para mí, es darse a otro/a, desde la más profunda interioridad, alegre y espontáneamente, es desvestirse toda barrera y ser uno, sin mascarar ni disfraces.

Perspectiva de la historiografía actual

Quisiera referirme ahora a un aspecto más general, decir algo sobre el momento y la circunstancia que vive la historia nacional en Chile.

No hay duda que en los últimos treinta años han aparecido nuevas perspectivas, como la historia de las mentalidades, de la familia y de la mujer; o de la violencia y también nuevos protagonistas de nuestro pasado: los humildes, las mujeres, las familias medias, los bandidos, o se ha insistido en temas de historia política como la crisis política de 1973; la dictadura militar y sus abusos o logros, según el compromiso político partidista de quienes hacen el estudio. A juzgar por las temáticas mayoritarias en el campo especializado o universitario: el estudio de las minorías étnicas, sociales y sexuales; de la marginación y de la violencia; de los delincuentes y prostitutas, estamos divulgando en forma creciente las lacras, la inoperancia y aún los pecados de nuestro pasado.

Sin embargo, los estudios historiográficos han crecido enormemente, a las licenciaturas y pedagogías de los sesenta, se han agregado los estudios de postgrado: maestrías en la Universidad de Chile, Universidad Católica de Valparaíso, Universidad de Santiago, Universidad de Valparaíso y los doctorados, al de la Universidad Católica de Santiago sumaremos a partir del 2001 el de la Universidad de Chile y también existe uno de estudios latinoamericanos en el Instituto IDEA, de la Universidad de Santiago, a ello debemos acumular los postgrados cursados en el extranjero. Nunca tantos profesores universitarios habían podido volver graduados desde prestigiosas universidades europeas y norteamericanas, y aún debemos agregar las ONG, valiosas en especial en los años ochenta y que significaban aportes de capital y conocimiento desde el extranjero, para los nuevos temas de historia.

Por otra parte, fruto de la globalidad y el interés mundial por el caso de Chile, contamos ahora con numerosos trabajos realizados por investigadores extranjeros, muchos de los cuales son consulta obligada en los temas que tratan, así Harold Blakemore, el recordado historiador galés, nos dejó avances decisivos en el estudio del salitre y la política nacional; Simon Collier en la evolución de las ideas en el período del siglo XIX; Arnold Bauer, con sus estudios de la agricultura y sociedad; y a los cuales debemos sumar cada día más como Paul Drake, en la historia política

contemporánea, incluso ahora disponemos de un manual de historia de Chile realizados por dos historiadores de habla inglesa.

Desde los años 60 a los de la última década, hemos pasado de una media de 200 monografías de historia a más de cuatrocientas, sin embargo, dudamos que ese crecimiento numérico y de cantidad refleje un crecimiento parecido en la calidad.

Pues cada vez más la historia, por lo menos la nacional, ya no es maestra de vida, se parece mucho más a un inventario de males que oscurecen el futuro, pues muchos de sus cultivadores van creando argumentos contra su cultivo, tras la preocupación alienante y mal disimulada de acceder al "poder".

Antes teníamos una cuerda historia, que equilibraba una "loca geografía", ahora y según un sobrino del autor de la primera fórmula, son locas ambas.

Así ha ido apareciendo una nueva y falsa clasificación de la historiografía chilena, favorable para los que se supone "de avanzada" en el cultivo de nuevos temas, pero que ilustra la profunda división ideológica en que nos estamos hundiendo como comunidad, así cada vez se habla más entre los aficionados a los estudios históricos, donde incluyo hasta profesores universitarios, de una "historia oficial", rótulo con el cual se castigan las investigaciones universitarias, las obras de historiadores clásicos, para enaltecer una "historia no oficial" compuesta por estudios dedicados a denunciar los abusos cometidos con grupos o minorías pobres, a la cual se enaltece por tener una renovación de fuentes y metodologías, cuando en verdad, sus métodos recuerden el cartabón ideológico de muchos intolerantes y sus resultados...consagren prejuicios ya conocidos.

En esta nueva división, la Historia y sus cultivadores, nosotros, somos los únicos perdedores, por un lado casi ya no tenemos iniciativas en común y por otro, es cada vez más difícil formar equipos donde brille la diversidad de opinión. Tenemos menos diálogo y en algunos centros universitarios de historia se ha instalado al parecer, una vaga idea de superioridad sobre el resto, ya sea por el éxito periodístico de algunos ensayos de inspiración histórica; por las conexiones internacionales o por una determinada docencia de postgrado.

Por lo demás, el oficio del historiador ha caído en la consideración general: a ningún historiador independiente de ideologías o de grupos se le reconocen méritos o simplemente se le reconocen méritos o simplemente su

obra y su aporte. Se requiere de un gran talento diplomático; buenos contactos políticos y sociales; una obra popular para lograrlo, como ocurrió con Leopoldo Castedo, pero dos de los tres historiadores más innovadores del siglo XX, me refiero a Álvaro Jara y a Rolando Mellafe, se fueron en funerales casi privados, sin cobertura periodística ni la presencia, siquiera, de autoridades universitarias. Incluso Mario Góngora el tercero de aquellos, decía en una entrevista a una revista especializada (la de Simon Collier en el **Hispanic American Historical Review**), poco antes de morir, que nunca había sido invitado a la televisión, quizás por ser precisamente un hombre inteligente, profundo y lúcido.

En verdad pareciera, que hasta el gusto de época se aleja de nosotros, se busca la historia fácil, entretenida, más que la dura realidad se prefiere la imaginación, crecen los pseudo estudios biográficos o escénicos de una época tratados según la astucia y el oficio de un escritor hábil para atraer incautos y que usa la inspiración propia y fácil en reemplazo de la investigación histórica. Es un regreso impensado a la historia intuitiva con que soñaba Encina, pero ahora desde la perspectiva de denigrar el pasado, y los literatos, cada vez con más poder académico y periodístico son los que levantan y destacan a algunos historiadores, así la moda de hoy es ser un historiador poco serio, hablador, participante en foros y charlas, con un buen marketing y ojalá columna periodística, con mucha opinión y poca información o investigación, en realidad lo que se busca es el "ensayista", en el viejo y repetido estilo sudamericano que ya habíamos abandonado.

Existe además una razón objetiva, estos literatos que invaden la historia, escriben mejor, pues debemos reconocer que cada vez es más difícil leer los soporíferos artículos que aparecen en nuestras revistas especializadas, con títulos interminables o amanerados, con conclusiones pretenciosas y de redacción plana, repetitiva, interminable.

Pero en este reparto de limones, donde me debo comer varios, hay algo más profundo y que inquieta pues está en relación con el sentido de nuestro oficio: construir la memoria del país sobre la base de la verdad, o de la realidad histórica que aunque evasiva y difícil nos es cercana y posible de reconstruir.

Las naciones como las nuestras, imperfectas y plurales, necesitan una imagen común, una proyección y un mismo proceder, que fue hecho por sucesivas generaciones pasadas que han ido dejando, junto con el amor a su descendencia, los avances que eran su legado. Sin embargo, desde 1970 y en el decenio siguiente, esa imagen común se quebró por odios nacionales todavía vivos. Aún así, tenemos una historia que nos honra y debiera darnos

orgullo: la tolerancia practicada siempre en religión y pérdida un tiempo en política; los valores que han inspirado su política internacional como la no intervención, la solidaridad y la búsqueda de mecanismos de paz antes que de guerra; la solidez y prestigio de muchas de nuestras instituciones culturales y políticas; la austeridad y honestidad de muchos políticos a través de generaciones.

En los inicios del siglo XXI los historiadores, creo yo, debemos trabajar por renovar el aprecio de la patria, por conocer, apreciar o comprender la tarea de aquellos que nos precedieron trabajando por todos nosotros, por el país que nos cobija y donde están nuestros hogares.

Eso implica estudiar también lo que nos une, el sacrificio y tarea de maestros, médicos o soldados, o comunidades como los colonos de Chaitén que construyeron con sus vidas y esfuerzos el país en que viven. Y eso es lo que falta.

Los Premios Nacionales de Historia

Comenzaron a ser concedidos desde 1974, cada dos años, como los de Literatura, Ciencias, Arte y Periodismo que venían desde el decenio del 40, cuando el país comenzó a premiar sus intelectuales destacados, si bien en 1971 o 72 recibió el de Ciencias Sociales el historiador laico y radical Ricardo Donoso, y hacia 1966 había recibido el de Literatura, el campesino y conservador Francisco Antonio Encina. El Premio de Historia, busca premiar la obra que debería ser meritoria y original, de una vida dedicada al estudio del pasado nacional, de ahí la avanzada edad de muchos de sus titulares y la pertenencia a las principales universidades nacionales, como investigadores y docentes en el cultivo profesional de la disciplina.

En el jurado que discierne el premio tiene cabida el rector de la Universidad de Chile y lo preside el Ministro de Educación, esto ha hecho que el peso del gobierno de turno ha sido siempre excesivo y haya contribuido a nombrar personeros que a veces han unido a sus méritos académicos, nombramientos, cargos o tratos de amistad con el Ministro involucrado.

Su listado es el siguiente: Área historiográfica

1974	Eugenio Pereira	h. del arte y la cultura; relaciones internacionales.
1976	Mario Góngora	h. social, de las ideas, Chile e Hispanoamérica.
1978	Juan Luis Espejo	h. genealógica y colonial.
1980	Néstor Meza	h. de la conquista y colonia, de las ideas.
1982	Ricardo Krebs	h. política, manuales de Historia Universal.
1984	Gabriel Guarda	h. poblamiento y arquitectura. Sur de Chile.
1986	Rolando Mellafe	h. social, demográfica y de mentalidades.
1988	Fernando Campos	h. política y jurídica
1990	Alvaro Jar	h. económica en Lit. Donoso y Arte: Matta
1992	Sergio Villalobos	h. política y social Director B.N.
1994	Mario Orellana	arqueología Decano, en Ciencias H. Maturana
1996	Walter Hanisch	h. cultural, colonial.
1998	Armando de Ramón	h. social y económica
2000	Mateo Martinic	h. colonización magallánica

Ante la pregunta de cuán justa es esta lista, caben las diferencias, quizás la gran mayoría estaría de acuerdo en estimar que en la lista falta Julio Heise, y en cuanto a si sobran, excepto uno, los demás en verdad tienen una obra y una vida dedicada a la Historia, con aportes fundamentales, quizás los menos conocidos pero no menos valiosos, serían en este último caso, Néstor Meza, estudioso de las ideas y con una lúcida obra en historia política colonial y Juan Luis Espejo, quién realizó una vasta y erudita investigación en genealogía, base para muchos estudios posteriores.

Al observar el listado, constatamos ciertas reiteraciones, la gran mayoría pertenecía o a la Universidad de Chile o a la Universidad Católica, y eran miembros de la Academia Chilena de la Historia, casi todos mayores de 60 o aún 70, cultivadores de la historia política, cultural y aún nobiliaria.

Las máximas querellas o discusiones se las ha llevado siempre el Premio de Literatura, como el de 1978 ganado por Rodolfo Oroz, filólogo, hombre muy mayor, pero nunca escritor, como dijo el crítico literario José Miguel Ibañez Langlois, ese premio era paradójico pues el agraciado no tiene "una frase literaria en su larga vida.", pero si tenía una fuerte vinculación con la Academia de Lengua y el Instituto de Chile, los que pesaban en la votación respectiva.

En 1990 el entonces ministro de Educación Ricardo Lagos prometía un proyecto para modificar la ley de premios nacionales, dictada en 1979 y que confiere especialmente a partir de 1985, una tuición excesiva a las

universidades antedichas y la Academia, eliminando las sociedades gremiales como la Sociedad de Historia y Geografía o la Sociedad de Escritores de Chile y el Pen Club; anunciaba el aumento a 9 o 10 disciplinas e incorporar más personas y aumentar el jurado, disminuyendo el peso relativo del Ministro de Educación y del Rector de la Universidad de Chile.

En sus orígenes daba un premio de \$370.000 y una pensión vitalicia de \$15.900, ahora cercana a los \$2.000.000 y una pensión mensual de cerca de \$600.000.-

Pero más que la importancia económica del Premio, me habría gustado que los Premios de Historia hubieran tenido el coraje moral que si tuvieron los Premios de Ciencia cuando en 1987, todavía bajo el régimen del General Pinochet, hacían una "Invitación a Chile" en que entre otras cosas decían: "La convivencia social se funda y constituye en la aceptación, respeto y confianza mutuas... Invitamos a comprometernos a que ninguno de nosotros intentará apropiarse de la verdad política ni en la instalación de una dictadura ideológica, económica o religiosa."

Ese mensaje recojo hoy día para ustedes, ojalá los historiadores del futuro tengan ese coraje que en el pasado nos faltó, y que nunca más olvidemos que el respeto a la persona y a los demás comienza por comprender que la historia es una disciplina humana.